

LA INVERNADA DE AVES EN LA PENINSULA IBERICA: CIFRAS, BIOLOGIA Y CONSERVACION

Carlos M. HERRERA *

Los trabajos presentados en el Simposio sobre Invernada que preceden a estas líneas proporcionan en su conjunto un resumen coherente, actualizado y bastante completo del estado actual de nuestro conocimiento sobre la invernada de aves en la Península Ibérica. De tal resumen puede concluirse que existe ya suficiente información cuantificada demostrando el importante papel de Iberia en la acogida invernal de numerosas especies de aves de origen Paleártico pertenecientes a diversos grupos taxonómicos y ecológicos. En algunos casos, como el de la Grulla Común (*Grus grus*) y la Paloma Torcaz (*Columba palumbus*), los efectivos invernantes en la Península Ibérica representan una fracción muy destacada, o incluso mayoritaria, dentro del conjunto de las poblaciones de Europa Occidental. Queda fuera de cualquier duda que los hábitats ibéricos juegan un papel decisivo en el mantenimiento de los sistemas migratorios en Europa central y occidental.

Una primera reflexión que puede apuntarse a la vista de los trabajos que forman este volumen es de índole histórica. Tras un largo periodo en que fue ignorada o minimizada en la literatura ornitológica, la invernada ibérica ha pasado a «existir» como un hecho probado para una amplia gama de especies. En décadas anteriores, las áreas de invernada de especies como la Grulla Común se situaban erróneamente en el norte de Africa, o se ignoraba la verdadera magnitud de la invernada de Paloma Torcaz al sur de los Pirineos. Tampoco se conocía la importancia del frugivorismo otoño-invernal como medio de subsistencia de passeriformes «oficialmente insectívoros» como la Curruca Capirotada (*Sylvia atricapilla*) o el Petirrojo (*Erithacus rubecula*), tan abundantes en invierno en numerosos hábitats ibéricos. Esta situación de desconocimiento que nos ha precedido, de la cual los ejemplos anteriores son sólo una pequeña muestra, debe seguramente relacionarse con los periódicos desplazamientos latitudinales de los ornitólogos septentrionales. Estos visitaban el área mediterránea principalmente en primavera-verano, atraídos sobre todo por la espectacularidad de determinados fenómenos migratorios y por una avifauna nidificante relativamente exótica que ejercía sobre ellos gran fascinación. Lógica consecuencia de esta estacionalidad en los agentes estudiosos fue el hecho de que se ignorase qué sucedía con los sujetos estudiados, llegado el invierno, en las cálidas regiones mediterráneas del suroeste europeo. Mas allá del mero análisis histórico, el

* Estación Biológica de Doñana. Avda. de M.ª Luisa, s/n. 41013 Sevilla.

paso a la «existencia» de la invernada ibérica muestra una vez más que el «conocimiento» y las «verdades» científicas oficialmente aceptadas como paradigma a menudo no pasan de ser simples artefactos generados por el comportamiento, los prejuicios, o la radicación geográfica de los encargados de producir tales conocimientos y verdades.

Reconocer el hecho anterior debería llevarnos a ejercer una sistemática y crítica desconfianza hacia el conocimiento «establecido», como única vía posible de mejorarlo. Por ello, y por ser coherente, me aventuro a hacer aquí dos comentarios críticos a nuestro conocimiento y actitud actuales sobre la invernada ibérica, tomando como representativo de los mismos el Simposio sobre invernada y en prevención de lo que éste haya podido tener de institucionalización de métodos, objetivos e ideas.

Es obvio que documentar el hecho de la invernada ha requerido en una primera fase la cuantificación de efectivos y su distribución. Los censos y conteos han desempeñado un papel decisivo, pero pasada esta primera y obligada fase, no deberíamos contentarnos con proseguir *ad infinitum* esta tarea de teneduría de libros, de contabilidad indiscriminada de seres vivos anónimos. Los individuos, además de sumar en los conteos, poseen una biología, comen a diario, mueren en proporciones cuyo valor precisamos conocer, mueren más a menudo en unos sitios o épocas que en otros, se desplazan regularmente entre hábitats, engordan o adelgazan según les venga, y se enfrentan a un entorno que debemos conocer con precisión si queremos comprender de verdad el fenómeno de la invernada, sus mecanismos y bases ecológicas. Los totales de aves invernantes, en su variable número de guarismos, esconden una realidad que aún desconocemos para la mayoría de nuestras especies, y esa realidad es la única que en última instancia explica que tengamos cifras que llevar a nuestros libros de contabilidad. Para aparecer en un conteo y sumar, un individuo invernante cualquiera de una especie de ave cualquiera ha debido inexcusablemente mantener su balance energético los días precedentes. Para ello, nuestro hipotético individuo ha tenido que encontrar un hábitat adecuado en términos de estructura, disponibilidad de alimento y microclima, encontrar e ingerir alimento a una tasa igual o superior a la que representan sus gastos de mantenimiento, y construir una dieta equilibrada en calorías y nutrientes, eludiendo mientras tanto a toda una gama de predadores potenciales que tratan de encontrar en él solución a sus análogos problemas (salvo, en parte, en el caso de los representantes de nuestra especie). Todos estos aspectos biológicos, mencionados sólo a título de ejemplo, son susceptibles de estudio, y deberían ser abordados en el futuro para avanzar en nuestro conocimiento de la invernada y entender algo de las cifras que hemos obtenido.

Mi segundo y último comentario crítico tiene que ver con algunos de los planteamientos conservacionistas que se han formulado en el transcurso del Simposio en relación con las poblaciones de aves invernantes. El amplio abanico de filosofías y tácticas conservacionistas puede, quizás, reducirse a dos actitudes principales (que no se excluyen mutuamente, desde luego). En primer lugar, la conservación de cualquier organismo vivo por el mero hecho de serlo, sin más consideraciones. Podríamos denominarla la actitud «afectiva», y entiendo que responde consciente o inconscientemente a la profunda repugnancia que producen el desprecio y la arrogancia con que nuestra especie trata al resto de seres vivos con los que comparte el planeta.

Y en segundo lugar, la tendencia a conservar sistemas funcionales completos, sobre la base de la integridad de sus relaciones biológicas y su grado de «naturalidad». Esta actitud, que se podría denominar «racional», es más ambiciosa que la anterior y en cierto sentido la engloba, ya que aspira a conservar los protagonistas de la obra mediante la preservación de su argumento. Las especies pueden considerarse como protagonistas, la compleja red de interacciones que las conectan (con transferencias de energía, nutrientes, historia e información) como el argumento. Es materia de opinión el preferir una u otra actitud. Sin sentirme ajeno a la primera opción, estimo, sin embargo, que la única táctica posible capaz de producir resultados duraderos y positivos es la segunda posibilidad, y que la primera opción, llevada a ciertos extremos, no está exenta de la misma arrogancia que supuestamente combate. Desde esta perspectiva, en la que los factores prioritarios en la conservación son la «naturalidad» y la integridad de interacciones como medio de conservar las especies y el sistema funcional que integran, es desde donde quiero argumentar sobre algunos de los planteamientos conservacionistas expresados en relación con la invernada ibérica de aves.

La extraordinaria abundancia invernal de algunas especies de aves en Iberia ha servido para que se hayan constituido en recurso aprovechado tradicionalmente por el hombre, que las ha capturado en grandes cantidades. Esta depredación sistemática, ejercida, por ejemplo, sobre zorzales, pequeños insectívoros-frugívoros y fringílidos ha despertado seria preocupación en los medios conservacionistas, y así se ha expresado reiteradamente en el curso del Simposio sobre Invernada. Aun compartiendo esta preocupación, la lucha por la conservación de las «grandes cifras» me parece ecológicamente desenfocada y una manifestación viciada de conceptos más macroeconómicos que biológicos. Diversas evidencias, presentadas en este mismo Simposio, sugieren que tales grandes cifras son en parte un artefacto resultante de la secular actuación humana sobre los ecosistemas naturales, que ha facilitado el aumento de algunas especies con rasgos expansivos y oportunistas en detrimento, quizás, de las que poseen más sutiles requerimientos ecológicos. En cierto modo, la explotación masiva que el hombre viene haciendo de estorninos, zorzales y otros insectívoros-frugívoros podría aparecer como la «recolección» no planificada de un recurso fomentado por su propia actuación sobre los hábitats naturales. El estudio sobre passeriformes invernantes nos ha enseñado que las especies granívoras, extendidas por nuestros agro-ecosistemas y dependientes de las semillas de plantas cultivadas o ruderales, suponen una fracción dominante dentro del grupo de pequeños pájaros invernantes. La Grulla Común demuestra su carácter oportunista al ser capaz de pasar en pocos años de una dieta de bellotas en las dehesas extremeñas a una dieta de cereales en la laguna de Gallocanta, convirtiéndose así en un genuino explotador de un agro-ecosistema. Su próximo pariente, el Torillo (*Turnix sylvatica*), se extingue mientras tanto con sus hábitats preferidos. La Paloma Torcaz, que ha aumentado sus poblaciones europeas a expensas de los recursos proporcionados por los cultivos hasta alcanzar categoría de plaga, explota abundantemente en Iberia un hábitat producto de la acción humana como es la dehesa de encinas y alcornoques, manipulado históricamente precisamente para fomentar la producción de esas bellotas que la Paloma aprovecha. Mientras tanto, las poblaciones ibéricas de Paloma Zurita (*Columba oenas*), más

restrictiva en sus requerimientos ecológicos, parecen recorrer un lento camino hacia la desaparición. El Pato Real (*Anas platyrhynchos*) lleva el camino de convertirse en el gran explotador de nuestras perturbadas zonas húmedas, mientras que varias especies de anátidas disminuyen alarmantemente. La abundancia del Zorzal Común (*Turdus philomelos*) en los olivares probablemente no es más que la respuesta numérica a un incremento en la disponibilidad y calidad nutritiva de los frutos respecto a las que antaño encontrara en los hábitat naturales que ya casi no existen. ¿Qué sucederá con su ya escaso congénere el Mirlo Capiblanco (*Turdus torquatus*) cuando la industria del esquí termine de destruir sus hábitats invernales en Sierra Nevada?

Los ejemplos anteriores simplemente intentan ilustrar que la actuación humana durante siglos sobre los hábitat naturales ha «seleccionado» a las especies más versátiles y oportunistas, favoreciéndolas hasta hacer surgir algunas de las grandes cifras que hoy queremos preservar, a la vez que muchas otras especies han llegado a situaciones muy críticas. Si nuestros esfuerzos de conservación se dirigiesen *predominantemente o exclusivamente* hacia las especies numéricamente dominantes, ignorando lo que sucede con las especies «menores», no sólo incurriríamos en el error de establecer una jerarquía de valor para los organismos vivos, de dudoso fundamento ético, sino que estaríamos tratando de perpetuar el predominio de las especies oportunistas que la destrucción de los hábitat naturales ha propiciado. En otras palabras, estaríamos renunciando a la diversidad y la complejidad en favor de la cantidad y la concentración. Esta es una tendencia inherente a ciertos modelos imperantes de desarrollo social y económico, pero debemos negarnos a admitir que impregne también nuestra concepción de la naturaleza.

Quiero terminar resumiendo mi mensaje. Para intentar conservar siempre nos basamos en un cierto conocimiento de los organismos implicados. Si en este conocimiento predominan las cifras y escasea la biología, es natural que tendamos a promover la conservación de las cifras más que de la biología, el aspecto realmente valioso. Para corregir este sesgo y huir así de las paradojas e incongruencias que he apuntado arriba, no nos cabe más que profundizar en la historia natural de los organismos mediante la investigación detallada de los aspectos biológicos más esenciales. Esta debería ser la línea a seguir en el futuro en el estudio de la invernada ibérica de aves.

AGRADECIMIENTO

Estas líneas, que no se hubiesen materializado de no ser por la amable insistencia de José L. Tellería, quiero dedicárselas a los millones de orugas de *Catocala* (Lepidoptera, Noctuidae) que cada primavera mueren envenenadas en los encinares ibéricos en aras de la producción de bellota.

RESUMEN

Los trabajos presentados en el Simposio ofrecen un resumen actualizado de nuestro conocimiento sobre la invernada de aves en la Península Ibérica. De tal resumen puede concluirse que existe ya suficiente información cuantificada que

demuestra el importante papel de Iberia en la acogida invernal de numerosas especies de aves del Paleártico.

Una primera reflexión que puede apuntarse a la vista de la información recogida en el Simposio es de índole histórica, pues, tras un largo período en que fue ignorada o minimizada en la literatura ornitológica, la invernada ibérica ha pasado a «existir» como un hecho probado e importante para una amplia gama de especies. Esta observación nos muestra una vez más la importancia de ejercer una sistemática desconfianza hacia el conocimiento «establecido» como única vía posible para mejorarlo. En esta línea se esbozan dos comentarios críticos a nuestro conocimiento y actitud actuales sobre la invernada ibérica.

Es obvio que documentar el hecho de la invernada ha requerido en una primera fase la cuantificación de efectivos y su distribución. Pero pasada esta primera fase de censos y conteos, ha de abordarse el estudio de aquellos aspectos biológicos (alimentación, selección de hábitat, demografía, etc.) que determinan en última instancia la supervivencia invernal de las poblaciones.

Los planteamientos conservacionistas formulados a lo largo del Simposio merecen también ser comentados. El amplio abanico de filosofías y tácticas conservacionistas puede quizá reducirse a dos actitudes principales (no excluyentes): la actitud «afectiva» (la conservación de cualquier organismo por el mero hecho de serlo) y la «racional» (la conservación de sistemas naturales completos y funcionales). Esta última es la única capaz de producir resultados duraderos y positivos. Hay que evitar caer en el establecimiento de una jerarquía de valor para la conservación de la avifauna invernante basada en criterios de abundancia. Muchas de las especies invernantes más abundantes son aves oportunistas, favorecidas por la degradación de los hábitats naturales. Una preocupación desproporcionada por la conservación de las cifras, desatendiendo la conservación de la diversidad (mediante la conservación de las especies invernantes minoritarias) supondría un serio error de nuestra estrategia conservacionista.

SUMMARY

The wintering of birds in the Iberian Peninsula: numbers, biology and conservation

The reviews presented in this Symposium summarize our knowledge of bird wintering in the Iberian Peninsula. The quantitative information available unequivocally demonstrates the importance of Iberia as a winter quarter for a number of Palaearctic bird species.

A first reflection coming to mind after attending the Symposium is of a historical nature. After a long period during which Iberian wintering was customarily ignored (or disregarded as unimportant) in the ornithological literature, the phenomenon has, rather suddenly, come into «existence», and many bird species and large populations are known to be involved. This observation should lead us, once again, to realize the need of systematically questioning «established facts» as a way of improving knowledge. In this line, two criticisms are outlined in relation to the current knowledge and conservation attitudes respect to the avifauna wintering in Iberia.

The currently prevailing emphasis on bird counts, much needed during earlier stages to establish abundance and distribution patterns, should be balanced by an increasing attention to the actual biological issues. Studies on the food supply, food selection, demography, and habitat selection of wintering species, to mention but a

few of the many possible lines of research, should be undertaken to improve our knowledge of Iberian wintering.

The broad range of conservation attitudes expressed in relation to the Iberian wintering avifauna may be reduced to two main (although non-exclusive) positions: the «affectional» one (preserving every organism just because its condition of living being), and the «rational» one (preserving whole natural, functional systems). Only the latter position may yield long-term, positive results. Subjective rankings of species values for preservation based on abundance criteria should be avoided, as many (most ?) Iberian overwintering birds belong to ecologically opportunistic species which have been long favored by man-made habitat alterations. Relying on abundance alone to set conservation tactics is ecologically wrong, and ignores the contribution of rare or uncommon species to the biological diversity and functional integrity of natural systems.